Foll.
371.4

MINISTERIO DE JUSTICIA E INSTRUCCIÓN PÚBLICA

PESTALOZZI

Y LA

NUEVA EDUCACIÓN

POR

AD. FERRIÈRE

BUENOS AIRES

TALLERES GRÁFICOS DE LA PENITENCIARÍA NACIONAL

1928

INV 010637
SIG 761
371.4
LIB 1

MINISTERIO DE JUSTICIA E INSTRUCCIÓN PÚBLICA

PESTALOZZI

Y LA

NUEVA EDUCACIÓN

POR

AD. FERRIÈRE

3070

BUENOS AIRES

TALLERES GRÁFICOS DE LA PENITENCIARÍA NACIONAL

1928

PESTALOZZI Y LA NUEVA EDUCACIÓN

I.—Una madre

Pestalozzi: corazón maternal. Se le ha llamado padre, y es un error. Un padre dirige, ordena, organiza; él, en cambio, amó. Desde la Wohnstube de su infancia, ha colocado en primer término el amor, la intuición simpática que comprende sin palabras y se sacrifica lo mismo, sin hablar. Intuición y don de sí propio, he ahí todo el amor.

Cada madre lo sabe, o lo siente; pocos padres lo advierten.

Mas ¿no fué acaso Pestalozzi un psicólogo incomparable? Sobre este punto es necesario entenderse. Si saber implica prever, puede afirmarse que Pestalozzi no previó ni previno las catástrofes que lo hicieron víctima: ni la hostilidad de los conservadores católicos de Stanz contra el jacobinismo evangélico que encarnaba, ni las luchas y disensiones de sus colaboradores de Iverdun.

No ha previsto, no ha sabido prever. En esto no realizó obra de psicólogo que descubre la verdad, ni de psicólogo que sustituye a la realidad defectuosa una realidad nueva y mejor. La desgracia lo encontró desprevenido; luchó contra ella seguro de ser derrotado como, en efecto, lo fué.

Una madre pertenece, ante todo, a la familia; un padre es social.

Bajo el aspecto social, Pestalozzi fue un mal obrero, teórico y utópico; fué, en cambio, una madre incomparable. Su familia, sus huérfanos de Neuhof, de Stanz, de Berthoud, de Iverdun, de Clendy, eran todo para él.

Entre ellos, y proyectando sobre los niños cuanto había recibido de su propia madre, fué un insólito psicólogo intuitivo. Vivía, vibraba, reía, lloraba por sus niños y para sus niños.

Se ha dicho que fué un gran teórico, pero que fracasó en sus intentos de realizador.

Nada es menos exacto.

Sus realizaciones representan verdaderos prodigios; en cambio sus escritos son nebulosos y mal compuestos. Prodigiosos son esos pequeños rústicos egoístas que, en pocas semanas, logró convertir en seres cariñosos, animados de un sentimiento de respeto a sí mismos y hacia los demás; prodigiosos también esos seres incultos en quienes infundió la pasión del saber; prodigiosos igualmente esos niños llegados de todas partes, a menudo brutales y desprovistos de inteligencia, que supo agrupar en una gran familia regocijada en la que rebosaba la salud y chispeaba la claridad del espíritu; no menos prodigiosos, en fin, esos jóvenes calculadores, de los cuales, muchos llegaron a ser en Francia y en Alemania matemáticos e ingenieros célebres.

Los escritos de Pestalozzí son oscuros porque su autor se dejaba guiar por la intuición. Ha vivido demasiado y leído demasiado poco para encuadrar, lógicamente moldeado, su vivo pensamiento, el cual, a modo de lava, ha desbordado sin cesar. A pesar de ello, no dejó de ser un filósofo.

El fué quien transportó al dominio de la psicología la noción de organismo y de crecimiento orgánico de adentro hacia afuera.

En el discurso que en 1809 pronunció en la Sociedad Amigos de la Educación (o por lo menos en el texto de ese discurso firmado por él y revisado por Niederer) califica su método de «elemental, orgánico y genético». Entrego esta palabra «genético» a la meditación de los psicólogos actuales.

¿Había sido empleada antes en psicología? Lo dudo.

Lo que más importa es que la psicología del niño trazada por Pestalozzi es realmente una psicología genética, como vamos a demostrarlo. No figura en ella tan sólo la palabra; encierra también la doctrina, el método científico y los rasgos principales de la psicología genética actual.

«Pestalozzi es más que un precursor, decíame ayer todavía el gran pedagogo Guillermo Paulsen; no sólo anunció lo que existe, sino lo que será y no existe aún».

II.—El hombre

Antes de indicar en qué ha realizado o anunciado la educación nueva actual el ciudadano de Zurich, discípulo del ciudadano de Ginebra, consideremos el hombre.

La opinión de sus conciudadanos es unánime. Era feo, vestía mal, no demostraba cuidado alguno en su persona, pero tenía ojos magníficos. «La mirada de Pestalozzi dice R. de Guimps que fué su alumno durante 9 años, reflejaba una ternura inefable con vivos fulgores de inteligencia y de energía, y por momentos, una melancólica y profunda meditación."

Otro de sus alumnos, L. Vulliemin, profesor e historiador, dice: «Imaginaos ...ojos que tan pronto se abrían para dar paso a un relámpago, como se entornaban para abismarse en la contemplación interior; rasgos que a veces expresaban una tristeza profunda y otras una beatitud llena de dulzura; un hablar ya lento, ya precipitado; ora tierno y melodioso, ora escapándose a borbotones».

Era un carácter agitado. En Berthoud, su esposa de-

bía llevar su contabilidad y parte de su correspondencia pues «estaba demasiado ocupado y era demasiado distraído, agitado e impaciente para sujetarse a una práctica regular y continuada».

En «Iverdun,» dice Vulliemin, «el digno anciano era siempre un niño, por el corazón y el genio. Lleno de ardor, vivía en perpetua agitación....Cierto es que no sabe resistir al empuje de sus pensamientos y que, trabajando día y noche al extremo de caer enfermo, pasa sin cesar de la más intensa actividad a la enervación. Sus ideas lo persiguen».

«Cuando se permitía un momento de descanso junto a su esposa o a su fiel Elisabeth Krusi, refiere Ramsauer, su colaborador y amigo, era comúnmente jovial y desbordaba su espíritu chispeante, mostrándose por completo tal como era, lo cual ocurría en todos los momentos, por que siempre se dejaba llevar por el sentimiento que lo dominaba.

En una misma hora se sentía muy feliz o muy desdichado; muy suave y cariñoso o muy serio y severo; en todo se apasionaba».

Sus rasgos de carácter son los de un intuitivo activo puro. En 1800, en Berthoud, decía de su propio trabajo:

No me daba cuenta de lo que hacía, pues obedecía a un sentimiento vivísimo pero oscuro que aseguraba mi marcha sin dármela a conocer... Desde hacía 30 años no había leído un libro; ya no podía leer. No tenía lenguaje para las ideas abstractas, y vivía animado por convicciones que eran el resultado de intuiciones y experiencias en su mayor parte olvidadas.

«Pestalozzi era ante todo un hombre de corazón y de imaginación, dice R. de Guimps; su corazón lo impulsaba a colocarse en el sitio de los desdichados; su poderosa imaginación lo hacía identificarse con los niños y los pobres para descubrir en ellos las verdades que debía revelar al mundo».

L. Vulliemin lo pinta con estos rasgos vivientes: «Pestalozzi, dice, no estaba en condiciones de dar lecciones según su método en ninguna rama de la enseñanza. Completamente inhábil en el detalle, tenía vistas de conjunto. Sabía difundir con fuerza y claridad lo que poseía y proporcionaba a las inteligencias la aptitud para obrar según sus concepciones».

«Con razón me decía, hablando de sí mismo: *No puedo afirmar que he creado lo que veis: Niederer, Krusi, Schmid, se reirían de mí si pretendiese llamarme su maestro. No sé calcular ni escribir; no entiendo la gramática, las matemáticas ni ninguna ciencia; el último de nuestros alumnos sabe más que yo. No soy sino el animador del instituto; a otros corresponde realizar mi pensamiento.*

«Estaba en lo cierto y, sin embargo, sin él, nada de lo que hay aquí existiría. Carece en absoluto de aptitud para dirigir esta grande obra y gobernarla; no obstante, ella perdura. Le sacrificó cuanto poseía y, como el más despreocupado de los hombres, no conoce aún el valor del dinero. No es capaz de hacer una cuenta o de tener un libro: como un niño, todo lo deja abandonado. No posee siquiera una lengua inteligible, pues no habla ni el alemán ni el francés; a pesar de todo, es el alma de una gran sociedad; está en las cosas serias como en las divertidas. Su culto de la mañana, su plegaria, su palabra que llega al corazón de sus alumnos tienen una gran influencia Todos lo veneran, todos lo quieren como a un padre».

Vulliemin habría podido escribir «como a una madre». Practicaba, en efecto, este consejo que daba en 1803 en su Libro de las Madres:

Lo esencial, lo único esencial, jóvenes madres, es que vuestro hijo os prefiera a todo; que sus más dulces sonrisas, sus más calurosas asiduidades sean para vosotras, y que, por vuestro lado, nada podráis preferir a él.

III.—El psicólogo.

He ahí al hombre; he aquí su visión del niño.

Desde sus cartas a Gessner escritas en Berthoud en 1801 y publicadas bajo el título: «Cómo Gertrudis educa a sus hijos», hasta su «Canto del Cisne», escrito en 1826 cuando ya tenía 80 años, Pestalozzí no ha cesado de demostrar que «el desenvolvimiento intelectual y moral del niño está regido por las mismas leyes orgánicas que regulan su desarrollo físico, lo mismo que el de las plantas y de los animales; en otros términos, que hay un organismo humano en el cual están incluídos un organismo material, un organismo intelectual, y un organismo moral». (R. de Guimps).

Ved, dice el mismo Pestalozzi en su discurso del 12 de Enero de 1818, *el carozo que ponéis en la tierra. En él está el espíritu del árbol; es su semilla. Dios es el padre, el creador de la semilla y de la tierra fecunda. Dios es grande en la semilla del árbol.*

La semilla espíritu del árbol, se da así misma un cuerpo. Examinad el árbol hasta las débiles ramas de las que cuelga el fruto; todo él es obra de la raíz; de ella han salido la médula, el tejido leñoso y la corteza. En el tronco, las ramas y las ramitas, vemos la misma médula, el mismo tejido leñoso, idéntica corteza, distintos y separados, pero continuándose sin interrupción, protegiéndose, sosteniéndose, nutriéndose recíprocamente gracias a una misma vida orgánica y a una armonía conforme a la naturaleza, a la esencia del árbol.

Lo mismo que veo crecer el árbol, veo crecer el hombre. Desde antes de su nacimiento, el niño ya reune en sí los gérmenes invisibles de las disposiciones que se desarrollarán en el futuro. Las fuerzas diversas de su ser y de su vida se constituyen, como en el árbol, manteniéndose unidas aunque distintas, durante todo el curso de su existencia.

Así como las partes esenciales del árbol, animadas por

el espíritu invisible de su organismo físico trabajan en la armonía que Dios preestableció y aseguró, concurriendo reunidas a formar el producto final de sus fuerzas, esto es, el fruto, así también, en el hombre, todas las facultades del saber, del poder y del querer, distintas entre sí pero unificadas por el espíritu invisible del organismo humano, concurren a formar el ser interior, trabajando en la armonía divina del amor y de la fe. El punto en que se reunen todas sus fuerzas, que es su fuerza real y efectiva, está en su fe y en su amor.

La fe y el amor, fuerzas del corazón, representan, para formar el hombre inmortal, lo que la raíz en la formación del árbol.

De este punto de vista orgánico se desprende una evidente conclusión práctica.

Desde 1800, en su primer tentativa de exponer sistemáticamente su método (tentativa hecha a pedido de Stapfer, el gran estadista que lo había enviado a Berthoud) el pedagogo escribe su primera frase en estos términos: *trato de hacer psicológica la enseñanza.*

«Explica que quiere someter las formas de la enseñanza a las leyes eternas que rigen el desenvolvimiento del espíritu del hombre; que, conformándose a esas leyes, trató de simplificar los elementos del conocimiento humano, reduciéndolos a series de nociones cuyo encadenamiento psicológico debe asegurar a todas las clases sociales, sin distinción, el verdadero desarrollo físico, intelectual y moral» (R. de Guimps).

Para contribuir a ese desarrollo, prosigue Pestalozzi en 1826, en su «Canto del Cisne», se comprende que hay una marcha a seguir, y que esa marcha, regida por leyes inmutables, debe ser la de la naturaleza. En efecto, las diferencias que advertimos entre los hombres, aunque sean muy notables, no contradicen la unidad de la naturaleza humana, ni la universalidad de las leyes que rigen su desarrollo.

«Nuestros verdaderos progresos, dice en sustancia en esa misma obra, no pueden ser el resultado de una yuxta-

posición exterior, sino el producto de un trabajo interior. En el organismo físico, los órganos crecen y se fortifican únicamente por el ejercicio. Cada uno de ellos aprovecha directamente del ejercicio que le es propio, pero también, de cierta manera e indirectamente, del ejercicio de otros órganos a causa de la armonía y de la solidaridad que existen entre todos ellos. Los progresos se unen a otros progresos por un encadenamiento ininterrumpido, y, por último, el desarrollo forma siempre un conjunto armónico y completo aunque se lo suponga detenido en un punto». (R. de Guimps).

Como J. J. Rousseau, Pestalozzi nos propone la naturaleza como modelo, pero como Rousseau, admite dos sentidos para esta palabra. «Uno es el mundo exterior que Pestalozzi concibe como escuela de la realidad objetiva; el otro es el mundo interior distinto del primero, sin que por eso haya oposición entre ellos. De esta suerte, la naturaleza humana es como la proyección de la gran naturaleza que la engloba y su poder creador es un reflejo de la creación original. Una y otra ejercen su influencia en nuestra formación. Evolucionamos gracias a un impulso preestablecido que se diría hoy hereditario y somos modificados por el medio en que vivimos». (A. Málche).

El niño es el lugar en que se encuentra el arranque específico (cuyo origen está en el esfuerzo vital de todo lo que es vida) y el medio ambiente. Su fin es crecer como un árbol y dar los más hermosos frutos.

«No me corresponde decretar cómo ha de llegar el niño a esa finalidad; él mismo me lo indicará, pues hasta ella lo llevarán sus fuerzas y no las mías». (A. Malche).

IV.—La libertad del niño

Pestalozzi comenzó en edad temprana a reflexionar sobre ella. En 1774, cuando tenía 28 años y meditaba acerca de la educación que debía dar a su hijo Jacobli, entonces de 4 años, se dirige a sí mismo la eterna pre-

gunta de los padres: ¿libertad u obediencia? Se informa, investiga:

En lo relativo a educación, tengo por costumbre buscar con cuidado las ideas de los que crecieron naturalmente y en libertad, instruídos por la vida misma y no por lecciones.

Enumera gravemente los motivos que hacen preferible la libertad y los que exigen la obediencia. Entre los primeros leemos:

La libertad, sabiamente reglamentada, forma en el niño la mirada despierta y el oído atento; brinda a su corazón la tranquilidad, la alegría y el buen humor. Pero esa entera libertad supone una educación previa que someta enteramente el niño a la naturaleza de las cosas y no a voluntad de los hombres. Sin embargo, buena o mala, ésta se impone.

Entre los motivos que hacen necesaria la obediencia anota:

La vida social exige talentos y hábitos que es imposible formar sin contrariar la libertad.

Dejar al niño adquirir experiencia, guiarla discretamente haciendo un llamado a su confianza, tal es la regla que conviene seguir.

Sobre este particular, Pestalozzi ha escrito una página magnífica que me permito citar por entero:

¡ Maestro ! persuádete que la libertad es excelente. No te dejes arrastrar por la vanidad de hacer producir a tus cuidados frutos prematuros y deja al niño tan libre como pueda serlo. Busca con cuidadoso esmero todo lo que contribuya a dejarle libertad, tranquilidad, buen humor. No le enseñes con palabras nada, absolutamente nada de lo que puedas enseñarle por efecto de la naturaleza de las cosas. Déjalo ver por sí mismo, oir, encontrar, caerse, levantarse, equivocarse. Que tus palabras no sustituyan nunca la acción o el hecho, si éste es posible; que el niño ejecute lo que por sí mismo puede realizar; que esté siempre activo, siempre

ocupado y represente la mayor parte de su infancia el tiempo en que no se halla sujeto. Reconocerás así que la naturaleza lo instruye mucho mejor que los hombres.

Cuando veas la necesidad de habituarlo a la obediencia, prepárate con el mayor cuidado para ese deber muy difícil de llenar en una educación libre. Piensa que, si la sujeción te quita la confianza del niño, todos tus efuerzos serán perdidos. Por eso mismo, asegúrate su corazón y hazte necesario para él. Sé su compañero más complaciente, más alegre, y serás también el que prefiera a todos cuando quiera divertirse.

Es necesario que tenga confianza en tí. Si quiere, a menudo, algo que tú no encuentras bueno, hazle conocer sus consecuencias y déjalo en libertad, pero trata de que esas consecuencias produzcan efecto.

Muéstrale siempre el buen camino. Si se desvía y cae en el fango, levántalo. Haz que se encuentre en situaciones muy desagradables por no haber aprovechado tus advertencias y haber gozado de libertad excesiva. De ese modo, tan grande será su confianza en tí que no sufrirá desmedro cuando, mediante una prohibición, te veas obligado a poner trabas a su libertad. Es preciso que obedezca al maestro experto, al padre que advierte con prudencia; pero sólo llegado el caso necesario, debe el maestro ordenar.

La confianza y la libertad deben llevar a la alegría. Esa alegría del niño hay que respetarla porque es indicio de salud física y moral.

En verdad, exclama el padre.

Nada valdría la más completa instrucción si hubiese de desterrar la energía y el contento. Mientras su rostro exprese la alegría, mientras ponga ardor en todos sus juegos, mientras la felicidad acompañe sus múltiples impresiones, nada debo temer para mi hijo. Los breves instantes en que es preciso superarse no destruyen la energía si van inmediatamente seguidos de una nueva vida, de un nuevo goce.

La educación para la vida social consiste en formar hábitos de obediencia, de orden y de serenidad que produzcan el reposo y la dicha.

¡ Padre o maestro ! evita sobre todo el desorden y la agitación, a fin de que la mayor parte de los ejercicios se haga ordenada y tranquilamente. Las más grandes alegrías son producidas por una larga y apacible búsqueda.

No hagas pesar tus conocimientos sobre el niño, y deja que la verdad llegue a él.

Pídele sus juicios como la naturaleza solicita los tuyos. Ella no te propone que aprecies la anchura del foso a cuyo borde caminas; sólo te lo muestra, por si quieres apreciarlo. Pero ella te pide algo, y es que juzgues el ancho del foso que debes atravesar y obstruye tu camino.

Procede de idéntica manera con el niño, haciéndole expresar sus juicios cada vez que puedas llevarlo natural y necesariamente a dar una explicación.

V.—Los errores de los pedagogos

Pestalozzi no se apartó nunca de este punto de vista. Para él, la serenidad del alma es, en el niño, condición primordial para su crecimiento físico, intelectual y moral. Donde reina la alegría nace la verdad.

A este respecto, la familia y la escuela tradicional son igualmente culpables. La familia olvida con demasiada frecuencia que, siendo el niño una débil planta, necesita toda clase de cuidados de cuya oportunidad depende su mayor o menor eficacia. El párrafo siguiente, del «Canto del Cisne» es característico y de actualidad.

Es necesario que el niño sienta la tranquilidad que resulta de las necesidades satisfechas por ser indispensable esa quietud del alma a su desenvolvimiento moral. Cuando predominan la inquietud y la agitación, desaparecen el reconocimiento, la confianza y el amor para que surjan las pasiones egoístas de carácter orgulloso o sensual.

Esta intranquilidad del espíritu en el niño procede, a menudo, de necesidades no satisfechas con bastante prontitud.

La espera es un sufrimiento que lo irrita y, al llegar la satisfacción, prevalece en él un violento instinto de su naturaleza animal y no el dulce y apacible goce con el cual se despiertan el reconocimiento, la confianza y el amor.

Esa inquietud del espíritu puede ser también producida por causas opuestas, es decir, por el exceso de cuidados con los cuales se trata de prevenir las necesidades del niño, exitando su orgullo o su sensualidad.

La escuela no es en esto menos culpable que la familia. En su primera obra pedagógica, escrita en 1870, (Velada de un Ermitaño) Pestalozzi juzga con estas palabras la escuela por la cual había pasado:

La marcha artificial de la escuela pone en todo, y de prisa, el orden de las palabras antes que el orden de la libre naturaleza que no se apresura y sabe esperar; por eso mismo da al desenvolvimiento del hombre un brillo engañoso, bajo el cual se oculta la ausencia de fuerza interior, con lo que, a pesar de todo, se satisfacen los tiempos como el que corresponde a nuestro siglo.

Lo que sigue pertenece al «Canto del Cisne»:

Por todas partes se observa una marcha opuesta a la de la naturaleza; por doquiera la materia prevalece sobre el espíritu, elemento divino que queda relegado en la sombra; las acciones no tienen otro móvil más que las bajas pasiones y el egoísmo; los hábitos mecánicos se sustituyen a la espontaneidad inteligente.

Morf resumió las tesis de «Cómo Gertrudis educa a sus hijos». He aquí dos:

«La enseñanza debe seguir el camino del desarrollo y no debe adoctrinar ni transmitir.

Es preciso enlazar el poder y el saber; el conocimiento a la capacidad práctica».

¿Qué hacer? Es necesario ir más allá que la escuela tradicional; realizar *Die Ueber windug der Schule*,

según el título del libro de Paulsen. Pestalozzi destaca lo que es la naturaleza y lo que debe ser la educación.

«¡Qué lejos está todo eso de la escuela!» exclama A. Malche, y agrega: «Si hubiese de calificar con una palabra la pedagogía del espíritu según Pestalozzi, elegiría esta: ¡*Schweige*!» La encuentra de inmediato y ya no la abandona».

Cuando los hombres quieren ir demasiado a prisa, leemos en la «Velada de un Ermitaño», cuando se adelantan a la naturaleza en el orden y en la marcha de ese desenvolvimiento, comprometen su fuerza interior y destruyen en su alma la quietud y la armonía.

La educación es el producto del trabajo apropiado al niño; el papel que le corresponde al maestro es el de favorecer y dirigir ese desarrollo orgánico. En la carta sobre su enseñanza en Stanz, Pestalozzi vuelve sobre e punto y dice:

Creo que el primer desarrollo del pensamiento del niño está por completo alterado por una enseñanza verbalista, tan en desacuerdo con su edad como con las circunstancias de su vida.

En su undécima carta a Gessner se lee:

Las definiciones prematuras dan una sabiduría semejante al hongo que crece rápidamente con la lluvia, pero que se destruye con el ardor del sol.

En la décimatercera, insiste sobre los abusos del verbalismo en estos términos:

Cuando el lenguaje del niño no es más que la repetición o la imitación del lenguaje de los demás; cuando las palabras que emplea expresan ideas que le son extrañas, el pensamiento está inerte, se paraliza y se extingue.

He ahí la causa de ese parloteo inútil y huero que llena el mundo.

VI.—La pedagogía del interés

Pestalozzi no se limita a criticar; pone, por el contrario, todo su esmero en construir.

Dos principios sirven de fundamento al éxito en la educación: 1.º Basarse en los sentimientos, en el interés, en la apercepción o intuición del niño; 2.º Ejercitar su voluntad, realizar lo que llamamos Escuela activa, individualizar la enseñanza y darle normas.

Volvamos sobre esos dos puntos.

Basarse en los sentimientos del niño y no en la imposición. Acerca de esto, leemos en la cartas sobre Stanz:

Si hubiese procedido por medios coercitivos, con reglamentos o sermones, en lugar de ganarme el corazón de los niños y de ennoblecerlo, lo habría rechazado y agriado. Lejos de llegar al fin que me había propuesto, habíame apartado de él cada vez más. Debía necesariamente, y ante todo, despertar en ellos sentimientos puros, morales y elevados, a fin de obtener luego voluntariamente atención, actividad y obediencia para las cosas exteriores... A cada sentimiento despertado, agregaba ejercicios apropiados, con los que formaba en los niños el hábito de vencerse a sí mismos, aplicando sus buenas disposiciones a la vida práctica de cada día...

No basta uno que otro acto aislado para formar la opinión y el juicio de los niños; es preciso que se repitan diariamente y a todas horas las impresiones, haciendo discernir al niño los sentimientos más o menos benévolos que ellas provocan. Sólo así puede determinarse la disposición general de su sentir con la cual aprecia los actos aislados... Una instrucción de esa índole debe ser completa en el sentido de abarcar todas las disposiciones, todas las circuntancias. Además, debe impartirse con espíritu psicológico, es decir con sencillez, con amor, con fuerza y con calma.

Así es cómo, obrando por su naturaleza propia, esa educación forma una conciencia delicadamente perspicaz para apreciar lo verdadero y lo bueno. Como consecuencia, se

presentan por sí solas innumerables verdades accesorias que el alma humana acepta y asimila aún cuando falten las palabras para expresarlas.

Pestalozzi no olvida que el placer suscita la atención y que ésta es condición indispensable para la apercepción que él llama intuición.

El punto de partida del pensamiento, dice en el «Canto del Cisne», *es la intuición, esto es, la impresión inmediata que el mundo ejerce sobre nuestros sentidos exteriores e interiores.*

Así, la facultad de pensar se forma y se desenvuelve, al principio, por las impresiones del mundo moral sobre nuestro sentido moral, y por las del mundo físico sobre nuestros sentidos corporales.... Para enseñar al niño a hablar, es preciso ante todo hacerle comprender, ver, oir, etc., muchas cosas que le agraden y que, por eso mismo, despierten su atención.

¿No se ve acaso aparecer aquí la pedagogía del interés? Conocer mediante esa clase de intuiciones, observa A. Malche, es una actividad biológica como comer o procrear; debe por lo tanto ser directa, ejercitada sin intermediarios, por el interesado mismo, de acuerdo con su modo de ser y con la participación máxima de su personalidad.

Esto nos lleva a los umbrales mismos de la escuela activa que surge ante nuestras miradas y se parece mucho a lo que, en los buenos tiempos, se hacía en Neuhof, Burgdorf y sobre todo en Iverdun.

Si la característica de la escuela activa es el interés estrechamente unido al esfuerzo espontáneo, se puede afirmar que Pestalozzi tuvo de ella, y mucho antes que Herbart, una visión mucho más clara que la de este pedagogo. He aquí un pasaje de su obra:

«Cartas sobre la primera educación» dirigidas en 1818 al inglés Greaves.

Es preciso iniciar muy temprano al niño en el cono-

cimiento de ciertas cosas, so pena de exigirle un gasto excesivo de energía si las lecciones llegan demasiado tarde.

El esfuerzo es ciertamente indispensable para adquirir conocimientos, pero el niño no debe habituarse a considerarlo como un mal inevitable. No conviene que el temor le sirva de estímulo pues destruiría el interés y no tardaría en provocar la aversión.

Lo primero que el maestro debe cuidar de despertar y mantener en el estudio es el interés. Pocas ocasiones hay en que la aplicación del niño no resulte de un llamado a su interés, y es probable que no haya ninguna en que el interés despertado no sea una consecuencia de la manera cómo el maestro trata el asunto de la lección. No temo considerar lo que sigue como una ley:

Cada vez que un alumno esté desatento y no manifieste interés por la lección, el maestro debe empezar por buscar la causa en sí mismo.

Imponer a los niños una cantidad de materias áridas, obligarlos a escuchar en silencio largas explicaciones o someterlos a ejercicios que nada tienen de animado y atrayente para su pensamiento es agobiar su espíritu y no hacer obra de educador. Si, a causa de la imperfección de su facultad de razonar o por la falta de contacto con los hechos concretos, el niño es incapaz de comprender una lección o de seguir su encadenamiento y se lo obliga a escuchar y a repetir lo que, para él, no tiene sentido, es caer en lo absurdo. Agregar a todo eso el temor del castigo, descontando el aburrimiento que representa un castigo muy suficiente, es mostrarse cruel.

Es sabido que los tiranos más crueles, son los pequeños tiranos. Ahora bien, de todos éstos, los más crueles son los tiranos escolares. Actualmente, en todos los países civilizados, se prohibe la crueldad bajo todas sus formas; en algunos, se castiga legalmente, y con razón, la crueldad para con los animales; en todos, la opinión pública la estigmatiza. ¿Cómo, entonces, se descuida tanto la CRUELDAD PARA CON LOS NIÑOS, *o mejor, se la considera como algo corriente y admitido?*

VII.—La escuela activa

El segundo principio que señalé como condición para el éxito, se desprende del primero: Ejercitar la voluntad del niño y, para eso, realizar la escuela activa, teniendo presente que el niño es un ser eminentemente activo.

Quiere ejecutar todo lo que hace con gusto, dice Pestalozzi en su carta sobre Stanz; aplica su voluntad a todo lo que le honra; a todo lo que tiende a realizar en él grandes esperanzas; a todo lo que despierta sus fuerzas y le permite decir conforme a la verdad: ¡puedo y quiero hacerlo!

Mas esta voluntad no se excita con palabras sino por una cultura que comunica fuerzas y sentimientos. Las palabras no dan del objeto sino la expresión; sólo lo representan claramente cuando se lo conoce.

El «Canto del Cisne» contiene fragmentos en los que su autor insiste fuertemente sobre este punto, esto es, que la educación debe basarse en el ejercicio de la voluntad y de la actividad propia del niño. Citemos solamente lo que sigue:

Todas las fuerzas humanas se desarrollan mediante el simple ejercicio. El hombre desenvuelve el fundamento de su vida moral, encerrado en el amor y la fe, por la práctica de ambas virtudes; desarrolla sus facultades intelectuales por la actividad del pensamiento, y la base de su vida industrial (1), *es decir el poder de sus sentidos y la fuerza de sus músculos, por el ejercicio a que los somete.*

Por la naturaleza misma de las fuerzas que encierra en sí mismo, el hombre se siente impulsado a ejercitarlas, a darles todo el desarrollo, toda la perfección de que son susceptibles. Después de cada ensayo coronado por el éxito, ese impulso se hace más poderoso, pero se amengua después de cada esfuerzo infructuoso, sobre todo si causa dolor.

---

(1) Recordemos que, por «industria» Pestalozzi entiende el oficio del artesano.

La educación elemental consiste en ordenar el ejercicio de las facultades de tal manera que cada ensayo tenga éxito y que ninguno fracase, ya se trate de las facultades físicas como de las intelectuales y morales.

Esa marcha de la naturaleza es santa y divina en su principio, pero, abandonada a sí misma, se altera fácilmente, sobre todo si prevalecen los instintos de la animalidad, latentes en el hombre. Nuestro deber primordial es, pues, conservarla realmente humana vivificándola con el elemento divino que está en nosotros.

Lo que llamamos vida industrial es el arte, la práctica, la habilidad con la cual el hombre puede realizar lo que, en su ser íntimo ha concebido para su existencia individual, familiar y social.

Dos son sus elementos fundamentales: uno interior, representado por la fueza del pensamiento; otro exterior, caracterizado por la habilidad práctica. Para ser por completo eficaz, exige el concurso armónico del corazón, de la inteligencia y del cuerpo.

Así como nuestras fuerzas morales e intelectuales tienden naturalmente a la actividad, y con ella se hace atrayente lo que las pone en ejercicio, así también nuestras fuerzas industriales nos presentan como agradable todo ejercicio que las desarrolle.

El niño comienza siempre por fijar su atención y observar, después imita, primero servilmente y luego con más libertad.

Por último, llega la inventiva y produce espontáneamente.

Los principios de la educación elemental se aplican al arte lo mismo que al corazón y a la inteligencia, ellos consiguen la atención del niño desde los comienzos; por la acción de sus propias fuerzas, le hacen producir resultados que le pertenecen y le dan, a la vez, voluntad y aptitud para elevarse sin copiar servilmente a los demás.

Desde 1780, en la «Velada de un Ermitaño» Pesta-

lozzi ha establecido perfectamente la base de la escuela activa:

La naturaleza desarrolla por el ejercicio todas las fuerzas de la humanidad, la cual, al usarlas, las acrecienta

No hay progreso para el espíritu: *antes que haya adquirido las fuerzas necesarias mediante un ejercicio apropiado.*

¿Por qué, a pesar de Pestalozzi, se ha creído tan a menudo que podía bastar un ejercicio mecánico? El error no tiene disculpa y ha sido nefasto para muchos imitadores del Maestro.

VIII.—El Método

El Maestro ha construído su Método sobre esa base. La palabra «método» es difícil de adaptar, y con razón. Por eso mismo, no conservaremos todo el contenido del método de Pestalozzi. Esto no obstante, veamos en qué consiste. He aquí como su sabio y fiel colaborador Niederer lo define:

«En su método distingue tres puntos que son: el «tipo», el «punto de partida» y el «encadenamiento»

El tipo que es necesario realizar, escribe R. de Guimps resumiendo a Niederer, es el desarrollo completo del hombre con sus facultades morales, físicas e intelectuales en relación con la vida real que lo espera en el mundo. El punto de partida de los ejercicios es el que toma contacto con las nociones ya adquiridas, con los gustos, las necesidades y el desenvolvimiento que posee el niño.

El encadenamiento de los ejercicios es su coordinación graduada de tal manera que cada uno de ellos prepare al niño para ejecutar el subsiguiente, dándole a la vez el deseo de realizarlo y la aptitud para llevarlo a buen término».

La adaptación, la excitación de vivos deseos y la fijación de normas en la enseñanza ¿no son acaso preocupaciones inminentemente actuales?

En un informe presentado el 1.º de octubre de 1800 a la Sociedad Amigos de la Educación, reunida ante el ministro de Artes y Ciencias, en Berna, Luthi escribía:

«¿En qué consiste el método de Pestalozzi?»

«En que sigue únicamente el camino trazado por la naturaleza. Esto mismo lo expresan los sabios de la manera siguiente: Ese método toma al niño con sus propias intuiciones y lo lleva, poco a poco y por sí mismo, a las ideas abstractas. Ofrece además la ventaja de no dejar ver al maestro. Este no aparece como un ser superior enseñando con autoridad, sino como alguien que trabaja, vive la vida de los niños y, al parecer, aprende con ellos».

La abstracción aparente de la maestra montessoriana que guía y aconseja sin imponerse está ya en germen en el método de Pestalozzi. En él se destacan también dos preocupaciones del momento actual: la de individualizar la enseñanza y la de fijar normas a las materias.

Si mantuviese correspondencia con veinte padres, escribe ese gran intuitivo en 1792, les aconsejaría veinte educaciones diferentes.

Amalgamar, en el estudio, lo que sigue a lo que precede; exigir tan bien asimilado lo anterior, que el entendimiento pueda desear lo que sigue, ¿no es acaso el principio en que se funda la Escuela «a la medida» en la cual cada niño debe poder adelantar según sus fuerzas?

Para ello, la materia que debe asimilarse tiene que ser graduada. Pero ¿cómo se graduará? ¿lógicamente o biológicamente?

Pestalozzi parece haber confundido estas dos nociones. En teoría, habría contestado que la graduación debe ser biológica. Ahora bien: la psicología nos demuestra que la lógica del niño está muy lejos de ser la del adulto.

La idea de Pestalozzi, tal como la expresa en el trozo siguiente del «Canto del Cisne» es exacta; su realiza-

ción, excepto en aritmética, fué parcialmente errónea. Sea lo que fuere, el punto de partida de todos los trabajos pedagógicos de su vida es este:

Al comenzar esos trabajos, no quería yo buscar sino los medios de simplificar la enseñanza del pueblo de tal manera que pudiese ser impartida por la madre en el hogar.

Así es como consagré mis esfuerzos a organizar para cada rama del saber series de ejercicios cuyo punto de partida estaba al alcance de todos, cuyo encadenamiento, sin saltos ni lagunas, constituía un progreso contínuo, fácil y atrayente en el que el saber y su aplicación quedaban siempre íntimamente unidos y ponían en acción las fuerzas del niño sin agotarlas.

Nadie ignora que en el cálculo mental están los mejores éxitos obtenidos por Pestalozzi con sus alumnos, al punto de dejar maravillados los visitantes y de haber conseguido brillantes resultados en sus estudios de matemáticas y de ingeniería muchos de sus pequeños calculadores.

¿Cuál fué su secreto?

Para que el estudio del número y de la forma tenga ese valor educativo, escribe el anciano ya de 80 años, no debe consistir en procedimientos abreviativos o mecánicos, sino en una serie de ejercicios tan graduados que el niño se entregue a ellos con placer y buenos resultados; que su facultad de pensar esté siempre en actividad; que los razonamientos sean obra suya y que, por fin, ese trabajo esté siempre en íntima relación con la vida real del niño.

Nos parece estar leyendo a Carleton W. Wasbourne de Winnetka, corregido y completado en la última proposición por Kilpatrick.

En la enseñanza del lenguaje, Pestalozzi no ha tenido un éxito tan rotundo. Esto no obstante, sus lecciones de observación, asociadas a ejercicios de expresión verbal, que después fueron llamadas «lecciones de cosas», han dado, manejadas por él, positivos resultados.

Al redactarlas en el «Libro de las Madres», Krusi las hizo aborrecibles por un formalismo excesivo y por no haber sabido adaptarlas a la psicología de aquellas a quienes iban dirigidas.

Cierto es que en el prefacio escrito por Pestalozzi para ese ensayo doblemente inconcluso, el gran pedagogo insiste en que no deben seguirse paso a paso esas lecciones. las cuales no son modelos sino ejemplos entre los que es necesario espigar ideas en relación con el ambiente que rodea al niño y con sus propios gustos. Era esperar demasiado de las madres y de las maestras, porque significaba estimar por de más su poder de adaptación al lugar y al tiempo presente. ¡La rutina y el formalismo son tanto más cómodos!

Sea que la inteligencia no domine el espíritu del método, sea que se considere abrumador mantener el pensamiento vivaz, alerta y clarividente, se acepta todo de un autor o se rechaza todo.

Se aceptó demasiado y se rechazó también demasiado el «Método de Pestalozzi».

IX. — Los resultados

Ese método, manejado por él, dió sorprendentes resultados, como lo prueba el testimonio de los que visitaron sus escuelas sucesivas. Ya en Neuhof, entre 1774 y 1778, realizó milagros elevando a la categoría de personalidades humanas los desdichados que había recogido. Su triunfo fué aun más sorprendente en Stanz. «Los niños que habían llegado con rostros inquietos, miradas apagadas o temerosas, o bien atrevidas y desconfiadas, con disposiciones apáticass o rebeldes, habían sufrido la metamórfosis de la naturaleza vivificada por el soplo tibio de la primavera.

Estaban llenos de alegría, de confianza, de celo, de actividad, qe dulzura y de afecto» (R. de Guimps).

«De ese modo la victoria moral no sólo es completa, sino que sus consecuencias se harán sentir en la ins-

trucción... Una vez que el corazón se expande, la inteligencia se abre». Pestalozzi cuenta con la unidad psíquica del ser; la vida activa del niño y la riqueza afectiva evidenciada por esa actividad, estimula su inteligencia.

He visto hasta en los más rústicos y torpes surgir las fuerzas vivas de la naturaleza...

Los niños tomaron conciencia de sí mismos y la fatiga escolar desapareció de mi clase como un fantasma. Tenían voluntad, la aplicaban y perseveraban, concluían y reían. Su estado de alma no era el de los escolares: era como una sensación de fuerzas desconocida que hubiesen despertado de un largo sueño, era una experiencia que elevaba su alma y se preguntaban cuál era el poder de esas fuerzas y dónde los conducirían.

«Poder de la vida, fuerzas construtivas, son palabras que vuelven sin cesar en las explicaciones de Pestalozzi:» (A. Malchi).

Idéntico resultado obtiene en Berthoud.

Bonstetten que había ido a visitarlo como curioso con prejuicios de escéptico, quedó maravillado. «Ignoro dice, si el método de Pestalozzi es bueno y no sé si posee un método razonable, pero veo claramente que llega por caminos ignorados a resultados hasta hoy desconocidos y esto es lo más importante.» «Nota, agrega A. Malchi, que los niños pasan horas combinando, dibujando, investigando, privándose hasta del recreo para proseguir su hermoso juego.»

Maestra de las clases Montessori ¿no reconocéis en esto el celo de vuestros pequeños?

»Nada hay allí que sea profesoral, dice por su lado el decano Yth, delegado del gobierno federal que, según confiesa el mismo había venido lleno de desconfianza.

Todo lo que él aprende lo adquiere por su propia intuición, por su propia experiencia: la verdadera enseñanza elemental está encontrada».

Resultados: «Esa escuela nueva o, si se quiere, esa *Casa*

jovial renovada de Victoriano de Feltre, otro cisalpino, inspira ya toda una literatura». (A Malchi).

Los alumnos de Iverdun demostraban una alegría poderosa, si cabe aplicar así ese calificativo. Mucho aire libre, mucha gimnasia, (innovación para esa época) trabajos manuales, trabajos libres, juegos frecuentes, bastaban para dar a su mirada ese brillo, esa franqueza directa, esa alegría de vivir que no engaña. «Casi nunca había enfermos entre nosotros, escribe L. Vulliemin. Y en enero de 1814 cuando los soldados del czar Alejandro trajeron el tifus en la región y casi a las puertas de Iverdun, un solo alumno del Instituto fué atacado, pero se curó». «Desde la fundación del establecimiento, no había muerto un solo alumno.» (R. de Guimps).

Pero el milagro de la personalidad de Pestalozzi, más que de su método, se observa en Clendy mejor que en ninguna otra parte. Esa escuela de pobres que fundó en 1818, cuando ya contaba 72 años, y fué anexada un año más tarde al Instituto de Iverdun, se inició con 12 niños de ambos sexos, en su mayor parte huérfanos o abandonados.

A pesar de su edad, el anciano se consagró a ellos por entero, con la misma actividad, el mismo celo, el mismo calor de afecto que había mostrado en sus años juveniles y, lo que parece increible, con el éxito que había coronado sus primeros esfuerzos en Neunhof, Stanz y Berthoud. Es tan poderoso el aceendiente del corazón en una educación conforme a las leyes de la naturaleza humana, que se hombre, siempre distraído, torpe, falto de habilidad, de trato social y de atractivos físicos, se apoderaba como por encanto de la atención, de la voluntad y del corazón de cuantos alumnos lo rodeaban.

Niños de 5 ó 6 años se ocupaban alegremente durante horas en ejercicios sobre los números y las formas. Algunos aprendían sin que nadie se ocupara de ellos, con sólo asistir a las lecciones y los había anima-

dos de tanto celo, que era necesario detenerlos en lugar de excitarlos». (R. de Guimps).

¡Cuántas veces constaté lo mismo en las buenas Escuelas nuevas de las campiñas, donde se ampliaban íntegramente los principios de la Escuela activa!.

Con todo, es preciso no engañarse: ni organización escolar perfeccionada, ni métodos ni principios podrían conducir por sí solos a esos resultados. Detrás de los principios hace falta el hombre.

Tratándose de Pestalozzi, no es el pensador, autor del método, quien ha obtenido tan señalados triunfos; no es tampoco el filósofo social o el idealista, sino sencillamente el hombre, ese niño grande intuitivo y amante; intuitivo porque su corazón estaba lleno de amor.

X.—La religión del amor

El amor ha sido, el fundameto de la religión de Pestalozzi. Se adivina fácilmente de que amor se trata. Pedro Bovet ha demostrado que, para el niño pequeñito, su padre y su madre encarnan a Dios: la madre primero, el padre después.

¿Podía ocurrír otra cosa con Pestalozzi?. El mismo, dice ingenuamente en «Cómo Gertrudis educa a sus hijos»:

Dios es el Dios de mi madre, es el Dios de mi corazón, es el Dios del corazón de ella; el de mi cerebro sólo es fantasmagoría. No conozco más Dios que el de mi corazón, y sólo me siento hombre por la fe en ese Dios.

Para él, «el alfa y el omega de toda religión es precisamente ese sentimiento filial hacia el padre que todos hemos experimentado desde nuestros primeros balbuceos y que era entonces la imagen de nuestro amor a Dios» (A. Malche). Según eso, no podía detenerse en el dogmatismo de los teólogos ni en el racionalismo del siglo XVIII, en el cual sólo quiso ver un esfuerzo para elevar la razón, facultad que el hombre recibió de Dios. El amor es

una actitud mística, y el misticismo no se adapta ni al dogmatismo convencional ni al racionalismo estéril.

Rogelio de Guimps que fué su alumno en Iverdun desde 1808 hasta 1817 y lo conoció bien, puesto que fué su biógrafo, escribe a este respecto:

«La religión» de Pestalozzi nada tenía de sistemático. La había adquirido en el seno de su familia durante su infancia. Comprometida, más que fortificada, por sus estudios teológicos, sacudida por las lecturas de Rousseau y de los filósofos del siglo XVIII, se había reanimado al nacer su hijo, pero había quedado independiente de todo dogmatismo y no podía resumirse en una doctrina. Había visto a menudo dogmas estériles y una ortodoxia muerta con una instrucción religiosa que dejaba frío el corazón y no cambiaba la vida. Rechazaba todo formulario, lo mismo que todo formulismo. Proscribía en la escuela el uso del catecismo y quería que en ella la religión se enseñase con la lectura del Evangelio y la práctica de las virtudes cristianas. Pensaba que un cuerpo de doctrina siempre encierra algo que, procediendo de los hombres, conviene tan sólo a los eruditos, y no puede servir para los niños. Lo agitaba el temor de que la teología se sustituyese demasiado fácilmente a la religión del corazón y de la vida».

Semejante religión busca a Dios en lo más íntimo del alma humana.

Para los hombres, dijo Pestalozzi en 1802, Dios no es el Dios de los hombres sino por ellos mismos. El hombre no conoce a Dios sino en la medida en que se conoce a sí mismo; no honra a Dios en cuanto se honra a sí mismo; esto es en cuanto obra conformemente a los mejores y más puros instintos que posee.

Buscar a Dios, amar, servir, todo es uno para él. J. Savary, en el Anuario de la Instrucción Pública en Suiza de 1926, ha presentado la religión de Pestalozzi como una religión del corazón estrechamente unida a la

moral y particularmente a la moral social. De esa suerte, el ciudadano de Zurich vendría a ser, en cierto modo, el precursor del cristianismo social de nuestros días.

Tal vez. Mas, yo creo y Pestalozzi mismo ha subrayado a menudo y especialmente al final de su conmovedor discurso del 12 de enero de 1818 el acuerdo que existe entre su religión y la de Cristo—que Jesús fué, en realidad, el primer cristiano social.

Ganar el cielo es cumplir los deberes de la tierra... escribe en 1782 en «Cristobal y Elsa». Y mucho antes, en 1769, en una carta a su novia, se disculpa, por así decirlo, de tener amigos en todas partes:

Los he buscado con la esperanza de ser útil.

En la carta siguiente, hace proyectos para el futuro

¿No es cierto, acaso, que para servir a nuestros conciudadanos queremos restringir nuestras necesidades?

No creía ciertamente hablar con tanta exactitud. Tenía 72 años cuando le anunciaron que cobraría 50.000 francos por la publicación de sus obras. (Cierto es que sólo cobró una minima parte de esa suma).

Inmediatamente, reanuda su sueño favorito y dice:

Destino la cantidad de 50.900 francos a los fines siguientes:

1.° Para proseguir la investigación y la experimentación de los medios más sencillos que permitan la enseñanza elemental del pueblo en el hogar doméstico.

2.° Para formar buenos maestros y maestras animados de ese espíritu.

3.° Para fundar una o varias escuelas modelo donde se instruyan los niños conformemente a los principios arriba enunciados.

4.° Para continuar buscando los medios adecuados a la regeneración de la educación doméstica entre el pueblo.

El hombre está todo entero con su grandeza de alma en esos cuatro párrafos y en ese anhelo que no pasó de sueño. Está también todo entero con su modestia, que re-

cuerda la de San Francisco de Asís, en este trozo de « Cómo Gertrudis educa a sus hijos »:

Todavía andaba yo en zuecos, cuando se me dijo que es santo aprender a servir empezando por las cosas más humildes para elevarse hasta las más altas. Pero desde entonces, aprendí que, para realizar milagros, hay que saber iniciarse en el servicio con los cabellos grises, empezando por las cosas más humildes para elevarse hasta las más altas.

El amor, dice en otro pasaje, *si es verdadero y no le teme a la cruz, tiene un poder divino.*

Carlos Sganzini que ha estudiado a fondo nuestro pedagogo, dice: « Lo que entendió por libertad, se confunde con sentimiento de amor auténtico », y agrega:

« Creo que el concepto ingénuo que Pestalozzi se formaba del amor (función del sentimiento tanto como de la voluntad) es en él predominante y fundamental. Hasta la intuición, tomada en el sentido estricto del conocimiento no es más que su derivado ».

Poco antes de su muerte, Pestalozzi discutía con Zeller, el cual creía en el pecado original del niño. « No... tengamos confianza en lo mejor que hay en el hombre! Educar, no es combatir la vida; es libertarla, es poner en evidencia hasta la última partícula de lo divino que está en nosotros ». (A. Malche).

XI.—Los tipos psicológicos

He dicho en « La Escuela Activa » (1) que desde muchos puntos de vista, Pestalozzi fué un precursor de la nueva escuela, y no volveré sobre ello. Tampoco insistiré sobre la curiosa constatación de la coeducación de los sexos que practicó en el internado de Iverdun desde 1819 hasta 1821, lo cual le valió algunas protestas de la opinión pública. Recordaré de paso que tuvo la noción

(1) 3.ª edición, pág. 26 a 29.

muy clara de lo que nosotros llamamos preaprendizaje, formación técnica precisa pero no especializada que permite varias especializaciones subsiguientes.

En su carta sobre Stanz (de 1799) escribe:

Quería unir el estudio y el trabajo, la escuela y el taller, fundiéndolos de alguna manera. En el trabajo de los niños daba mucho menos importancia a la ganancia inmediata que al ejercicio corporal el cual, desarrollando sus fuerzas y su destreza, debía procurarles más tarde un buen medio de vida.

¿No es este acaso el principio en que se fundan los talleres de la Sra. Eva Vajkaï en Budapest? Rogelio de Guimps recuerda también a este respecto que en Iverdun se practicaba la jardinería, la encuadernación y el cartonado; que se construían sólidos geométricos y relieves de arcilla para la geografía local; que se preparaban fiestas en las que había antorchas, emblemas, decoraciones, coros, representaciones dramáticas, con la confección del material necesario.

Hay un punto, sin embargo sobre el cual quiero insistir y es que Pestalozzi adivinó muy netamente el escalonamiento de los tipos psicológicos. Si no lo aplicó a la escuela, lo tuvo muy en vista en lo concerniente a la psicología social. El pasaje alusivo se encuentra en sus «Investigaciones sobre la marcha de la naturaleza en el desenvolvimiento del género humano» que datan de 1797. En una carta que en 1801 dirigía a Pestalozzi, Niederer considera esa obra confusa, caótica, pero llena de chispazos.

«Vuestras Investigaciones, dice, me parecen un producto áspero, es cierto, pero sólido por la intuición psicológica que lo anima, y tampoco un galimatías (así había calificado su obra el mismo Pestalozzi) que veo en ella un descubrimiento fecundo y como el germen de todo vuestro sistema de educación».

Me falta sitio para desarrollar el punto como quisie-

ra; me limitaré, por lo tanto a recordar que Pestalozzi ve en cada ser humano tres hombres distintos: el hombre animal, el hombre social y el hombre moral.

Cada uno de ellos puede dominar a los otros. El que permanece guiado por sus instintos animales es el que llamé tipo sensorial; el hombre social es el tipo imitativo o convencional; el hombre moral es la fusión del intuitivo y del racional que Pestalozzi no distingue entre sí, pues ambos aspiran por medios diversos a la razón divina.

«El hombre animal es obra de la naturaleza, escribe R. de Guimps, en su resumen de las Investigaciones; predomina en la infancia de la vida individual como en la infancia de la humanidad. (Es la expresión de la ley biogenética antes de Haeckel). La debilidad del hombre animal lo lleva a la industria; ésta trae la propiedad, la cual, a su vez, crea los conflictos... El estado social empieza. El hombre social no es solamente obra de la naturaleza; es también, y sobre todo, obra de la sociedad que lo forma limitando su libertad, sujetándolo a reglas, a usos, a opiniones».

Es el reinado de la convención. En él se encuentran el dominio, la sujeción, la ambición, pero también el orden y la seguridad. «La religión misma, en su carácter de organización social, es semejante a un molde que no forma más que la superficie».

«El hombre moral no puede ser sino la obra de sí mismo, esto es, el resultado del ejercicio y del desarrollo de los gérmenes de piedad y de justicia, de amor y de reconocimiento, de fe y de caridad que el Creador ha puesto en el alma humana. Es preciso que el individuo quiera elevarse, ennoblecerse, perfeccionarse, y lo haga mediante un trabajo interior que le sea propio...

La religión del hombre moral es la verdad.

Principio y sostén al mismo tiempo de la moralidad ella hace experimentar la necesidad de un perfecciona-

miento indefinido de sí mismo». (Para el psicoanalista Alfonso Maeder de Zurich, esa necesidad constituye el fundamento mismo del hombre).

«El hombre sólo está en el camino del progreso cuando es obra de sí mismo. Entonces, todo lo que adquirió le pertenece; su personalidad, su espíritu y su corazón no son ya esclavos ni de los instintos animales ni de los prejuicios de la sociedad».

He aquí cómo A. Malche resume esas páginas:

«Existe el ser físico, el ser social y el ser moral.

Pasamos de la armonía, en la que reinan los instintos a la heteronomía en que estamos sujetos a la sociedad para llegar a la autonomía en la que obedecemos a nuestra ley interior.

En realidad, estos estudios, cada uno de los cuales tiene su razón de ser, lejos de aparecer separados y sin mezclarse, forman en conjunto la trama de la vida». Tomemos, por ejemplo, el estado social. «Ofrece un plan, ejerce una acción coercitiva sobre nuestros instintos animales y permite al individuo el aprendizaje de la vida, pero, en sí, no es moral...

«El hombre puede ser bestial, social o divino, ello depende de su esfuerzo..., es una filosofía esencialmente dinámica que ve fuerzas encontradas luchando, sin hallar la estabilidad en ninguna parte. Se representa el mundo moral como una perpetua acción y reacción entre el ser primitivo que abusa, la sociedad que impone y la moralidad que quiere. Sólo por una heroica e incesante ascensión a través de todos los egoísmos, de todos los obstáculos, de todas las abnegaciones, sin llegar nunca al fin de sus esfuerzos, el ser humano se hace digno de llamarse hombre». (A. Malche).

Sólo el alma noble y elevada posee las verdaderas fuerzas que permiten llenar la obra de inocencia y de pureza que representa la formación del hombre (Pestalozzi 1815).

No quiero sacar conclusiones de este simple esbozo

371.44 Pestalozzi

en el que me limité a enlazar algunas citas de Pestalozzi con citas sobre Pestalozzi.

Mejor dicho, traeré una, pero será de él mismo. He-la aquí, sacada de un mensaje que dirigió a la Sra. de Niederer confiándole su manuscrito sobre las causas de la revolución francesa:

Un día, cuando nuestros tiempos hayan pasado; cuando, dentro de medio siglo, una nueva generación nos haya sustituido; cuando la Europa esté gravemente amenazada por la repetición de las mismas faltas, por la miseria creciente del pueblo y sus rudas consecuencias; cuando todos los cimientos sociales se sientan conmovidos, entonces ¡oh! entonces, talvez, se recogerá la lección de mi experiencia.

Los más clarividentes considerarán que sólo ennobleciendo a los hombres se puede poner un límite a la miseria, a la fermentación de los pueblos, a los abusos del despotismo, tanto de los príncipes como de las multitudes.